Un amor incondicional

Ensayos a propósito de *Amoris Laetitia*

Rafael Fayos Febrer y Eduardo Ortiz Llueca (Eds.)

CEU | Ediciones

Un amor incondicional

Ensayos a propósito de *Amoris Laetitia*

Rafael Fayos Febrer y Eduardo Ortiz Llueca (Eds.)

CEU | *Ediciones*

Este libro está impreso íntegramente en papel certificado FSC®(papel extraído de explotaciones de bosques sostenibles). El uso de este papel refleja nuestro compromiso con el medio ambiente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta editorial es miembro de UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Un amor incondicional
Ensayos a propósito de *Amoris Laetitia*

© Rafael Fayos Febrer y Eduardo Ortiz Llueca (Eds.), 2023
© de la edición, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2023

CEU *Ediciones*
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

ISBN: 978-84-19111-58-6
Depósito legal: M-7515-2023

Maquetación: Andrea Nieto Alonso (CEU *Ediciones*)

Imprime: Forletter, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

«Para siempre, siempre, siempre». La integración de los afectos en la vida conyugal y familiar

Raúl Sacristán López

Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid (España)

«Para siempre, siempre, siempre» (*Vida* 1, 4). Este deseo de perdurabilidad era así expresado por Santa Teresa y su hermano Rodrigo cuando, siendo niños, pensaban asombrados en la grandeza inconmensurable de la eternidad. Sus padres, don Alonso y doña Beatriz, les habían inculcado a sus hijos una fe profunda y recia, como las tierras castellanas en que vivían. En aquel hogar, Teresa dice que aprendió poco de sus virtuosos padres, como ella misma los define (cf. *Vida* 2, 1), aunque, a juzgar por la magnanimidad de su corazón ya desde pequeña, como cuando huyó de casa para ser decapitada por Cristo en tierra de moros, podemos afirmar que sí aprendió de los padres el camino de la virtud, el camino del amor. Unos años más tarde volvería a huir de casa, una vez más con su hermano Rodrigo, y una vez más por amor a Cristo, pero esta vez para entrar en el monasterio de la Encarnación. «Para siempre, siempre, ¿siempre?». No, de nuevo tendría que volver a salir, casi a escondidas, para continuar esta carrera detrás de Cristo, y así hasta el final de su vida terrena. Teresa aprendió así que el «para siempre» no se refiere a un lugar, ni a la familia, ni a un estado u otro, sino que la eternidad que anhelaba su corazón solo Cristo la

confiere. Sin embargo, y aquí nos encontramos con el quicio de la cuestión, esta eternidad le había sido ya revelada en el hogar familiar. Aquel «para siempre» lo había aprendido de sus padres. Esta es la principal tarea de los padres: mostrar a los hijos el camino de la vida eterna.

En aquel «para siempre» teresiano hallamos el deseo de algo bueno y por lo tanto se anhela su perennidad; pero, ¿podemos decir hoy lo mismo?, ¿se sigue anhelando algo perenne hoy día? Creo que sí, incluso me atrevo a decir que quizá con mayor vehemencia que entonces, dado que el anhelo de algo bueno y perenne resulta hoy día más lejano que antaño. Igualmente, considero que, como antaño, la familia sigue siendo el lugar donde se puede aprender a dirigir los pasos hacia esta bondad perdurable.

Nuestra reflexión tiene cuatro pasos. El primero será considerar la configuración conyugal desde la perspectiva del amor como afecto primero. El segundo, ahondar en la importancia de esta relación esponsal para el adecuado crecimiento de los hijos. El tercero nos llevará a considerar la cuestión de la voluntad como clave en medio de la vorágine emotivista. El cuarto y último se centrará en la esperanza como afecto y virtud que nos ayuda a superar las dificultades del momento actual. Comencemos.

1. Afecto y matrimonio: la configuración conyugal

Decir hoy día que la familia es el camino donde aprender a dirigirnos a la bondad eterna puede sonar más que trasnochado. Y sin embargo, como veremos, así es, porque así fue, y

así seguirá siendo, dado que la familia ha sido instituida por la bondad divina, como reflejo de sí misma y camino hacia ella.

La familia se halla asediada hoy día por muchos flancos. Es el blanco de todos los dardos. Su fragilidad es tal que algunos piensan que ya ha muerto. Pero su vitalidad es perenne. Quizá convenga comenzar a rastrear estos asedios contra la familia en el mismo evangelio, como hizo San Juan Pablo II, tomando aquella discusión sobre el matrimonio y la resurrección, cuando Jesús respondió a sus interlocutores aquello de «Al principio no fue así» (Mt 19, 8). La «dureza del corazón» es la causa, la enfermedad que Jesús diagnostica a las dificultades que entonces, y ahora, asedian a la familia. El corazón endurecido, empedernido, es incapaz de hacerse uno con el otro, es incapaz de amar[1]. Con esto hemos dado con la clave de nuestro problema, como ahora veremos.

«Deseos, sentimientos, emociones, eso que los clásicos llamaban "pasiones", tiene un lugar importante en el matrimonio» (*AL* 143). Estas palabras del Papa Francisco son fundamentales para poder entender nuestra reflexión. A primera vista, «deseos, sentimientos, emociones, e incluso pasiones», parecen términos intercambiables, pero no lo son tan fácilmente, dado que, aunque pretender dar respuesta a la misma realidad, provienen de escuelas distintas y parten de supuestos diferentes[2].

---

1 San Juan Pablo II, en sus catequesis sobre la *Teología del Cuerpo*, desarrolladas entre el 5 de septiembre de 1979 y el 28 de noviembre de 1984, dedicó los dos primeros ciclos a la remisión al principio (catequesis 1-23) y la cuestión de la redención del corazón (catequesis 24-63). En este segundo ciclo desarrolla ampliamente cómo Cristo se dirige al corazón endurecido del hombre.

2 Cf. R. Sacristán, *Movidos por el amor,* Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid 2020, pp. 63-76.

La pregunta por el amor, que es en el fondo la pregunta que subyace a todos estos términos, ha sido propuesta sucesivamente por distintas generaciones y culturas, ha sido propuesta desde la filosofía, el arte en sus múltiples manifestaciones, la teología y hasta por las ciencias modernas, como la física y la química, de modo que al final podríamos decir que la pregunta por el amor es la pregunta por excelencia. Sin duda que, a lo largo de tantos siglos de historia, ha habido multitud de respuestas, pero no todas han resultado igualmente válidas. Reducir el amor a lo placentero o a una concatenación de ceros y unos ha resultado una vía muerta. El amor se escapa a lo meramente sensible o a lo meramente computacional. La realidad del amor responde a la originalidad propia de la dimensión afectiva. Esto es lo que hemos de comprender, porque aquí es donde se halla la puerta y el camino que ha de recorrer el hombre[3].

Como decíamos, la pregunta por el amor es tan antigua como el mismo hombre. Como bien sabemos, entre las primeras tentativas de sistematización de las múltiples respuestas, se halla la de Platón, en *El banquete*[4]. El filósofo ateniense rebate otras propuestas para explicar que el amor surge ante el descubrimiento de una sobreabundancia que sanaría toda penuria. Platón presenta la alegoría del nacimiento de Eros como hijo de Poros y Penía narrado por una mujer, una sacerdotisa, por lo tanto, vinculado a la religión y a la divinidad. Lo que queda claro ya desde este momento es que el amor es una fuerza que nos hace tender hacia aquello que

---

3 Cf. J. J. Pérez-Soba, *El amor, introducción a un misterio,* BAC, Madrid 2011.

4 Cf. Platón, *El banquete, 203b, a-e.*

está más allá de nosotros. Posteriormente, Aristóteles llevaría adelante la reflexión al fijar que el amor es un movimiento de la facultad apetitiva del alma que nos conduce hacia nuestra propia perfección, hacia nuestro bien. Así, entre ambos griegos dejaron sentadas las líneas maestras del amor como un movimiento peculiar que nos conduce a la perfección. ¿En qué consiste este movimiento y por qué nos lleva a la perfección? Esta es la cuestión que nos conviene dilucidar.

A esta tarea dedicó Sto. Tomás de Aquino buena parte de su esfuerzo[5]. Habiendo recibido la definición de que el amor transforma al amado en el amante, entendió que esta transformación suponía la desaparición del amante, y por tanto de la relación. La fusión elimina uno de los polos al ser asumido por el otro. El Aquinate siguió este camino hasta definir el amor como una «unión afectiva», es decir, una unión según la forma del afecto. Esto significa, ante todo, que la presencia del otro ante mí provoca en mí un cambio, una inmutación, que consiste en acoger interiormente al otro, adaptarme a él, para complacerme en esta unión interior[6]. Lo propio del amor es que configura a los amantes como tales. No se trata de una idea, ni tampoco de una sensación. El amor es una forma de unión que se asienta en la intencionalidad, característica propia del ser personal, que nos diferencia no solo de las plantas y los animales, sino también de las máquinas. Entender el amor como una unión intencional supone comprender que el amor transforma al yo en amante y al tú en amado, lo cual consiste en

---

5 Cf. R. Sacristán, *Ipsa unio est amor. Estudio del dinamismo afectivo en la obra de Santo Tomás de Aquino,* Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid 2013.

6 Cf. Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* II-II, q. 26.

una nueva configuración de toda la persona, que a partir de esa unión amorosa ve alterada su vida, justamente, pues el otro, «alter», provoca ese cambio del yo en amante. El amor no me transforma en el amado, sino en amante del amado. Esta configuración afectiva confiere una nueva fisonomía a la persona amante, al tiempo que va cambiando su vida, mediante el deseo de estar con el amado, hasta llegar al gozo la unión real. Así, el amor pasa, por el deseo, al gozo.

Hallamos aquí dos nuevas notas que sumar a nuestra reflexión: que el amor supone una configuración personal novedosa, y que existe una sucesión afectiva concreta. Ambos aspectos son de suma importancia hoy día.

Nos ocupamos primero de la unión afectiva como configuración. La configuración afectiva con el otro permite entender que los amantes son una comunión, una unidad, son uno en el amor. El amor es la superación del individualismo, pues nos une con otros. La fuerza del amor como configurador de la persona se percibe en el temor que percibimos hoy día al amor verdadero. El miedo a que se rompa la relación se convierte en obstáculo para establecerla. Por eso, es necesario entender que esta relación es posible. Es necesario contemplar el amor como algo real. De ahí la importancia de acompañar a los novios y a los matrimonios para que puedan desarrollar el amor y vivan como testigos del amor. No obstante, la mentalidad divorcista imperante hoy día dificulta creer en el amor. Aunque más bien me parece que es al contrario, es decir, la falta de fe en el amor es el origen de la mentalidad divorcista. Cuando no nos apoyamos en el Amor, cuya fuente es Dios, y que nos conduce a la unión, nos vemos abocados a la división, que es lo propio del diablo.

Al decir esto, hemos de entender que el dinamismo afectivo, si no se relaciona con el Bien Supremo, es decir, con Dios, pierde su razón de ser, su inteligibilidad. Los sucesivos intentos de explicación del afecto a lo largo de los siglos ponen de relieve que solo aquellos que han partido de la idea de bien logran la meta explicativa que buscaban[7]. Desde la antigüedad, los mismos estoicos erraron en su minucioso análisis del afecto al poner sobre el Bien Supremo el *Fatum,* el Destino universal, impersonal e inmutable. Lo mismo le ocurrió a Descartes, que por su racionalismo incipiente no captó la originalidad del afecto y su relación al bien. Posteriormente, el surgimiento de la psicología moderna consideró el afecto desde una perspectiva materialista desde las primeras formulaciones, como la de James-Lange, con aquello de «estamos tristes porque lloramos». Esta misma perspectiva es la que se halla hoy día en la obra del neurocientífico Antonio Damasio y su hipótesis del marcador somático[8]. Desde otra perspectiva, más intelectualista, hallamos la teoría cognitivo-evaluativa de Richard Lazarus, que pretender que las así llamadas «emociones», sean una valoración racional de una situación estresantes. De esta perspectiva se hace eco M. Nussbaum, que auna el neoestocismo con las teorías de Lazarus[9]. Todas estas propuestas ignoran la dimensión intencional

---

7 Cf. R. Sacristán, *Movidos por el amor, op. cit.*, pp. 191-193.

8 Las publicaciones de Damasio son numerosas. Cabe destacar: *El error de Descartes* (1994), *En busca de Spinoza* (2003), *El extraño orden de las cosas* (2018), *Sentir y saber* (2021). En *El error de Descartes* presentó su teoría del *marcador somático* para explicar el surgimiento de las emociones. A su juicio, las emociones son la consecuencia de una determinada configuración fisiológica, lo cual no queda lejos de la primitiva propuesta de James-Lange («estamos tristes porque lloramos»). La de Damasio, no deja de ser una propuesta que acaba siendo materialista, sin llegar a explicar cómo aparece la vida y como aparece la consciencia personal.

9 Para una presentación de la relación entre Nussbaum y Lazarus, así como una crítica de esta postura, se puede consultar el siguiente trabajo:

del hombre y su relación con el bien, por lo cual no logran una explicación satisfactoria del afecto. Es más, el mismo cambio de términos, como ya apuntamos anteriormente, supone una pérdida de la relación amante-amado propia del afecto. Esta relación no existe en los términos sentimiento o emoción, que se quedan más en el individuo que los experimenta.

Junto a la cuestión de la configuración, hemos hablado también de la secuenciación afectiva. La experiencia del amor configura a los amantes como uno y los establece de tal modo que puedan crecer, mediante el deseo, hasta el gozo de la unión. La secuencia amor-deseo-gozo nos muestra que, a diferencia de lo que hoy se muestra, los afectos no son una especie de llaneros solitarios que aparecen de modo esporádico y espontáneo, sino que responder a un orden propio que viene marcado por su relación con el bien, el mal, su presencia o su ausencia. Aprender esta gramática de la configuración afectiva y esta sintaxis de su secuenciación es el camino para poder salir de la situación de analfabetismo afectivo en que nos seguimos encontrando después de tanto tiempo dedicado al estudio del afecto.

En la unión, los amantes crecen también personalmente, de modo peculiar cuando pueden llegar a ser padres, cuando el amor se hace fecundo hasta el punto de que otros puedan venir a vivir con ellos. El amor, a imagen de la parábola evangélica de la mostaza (cf., Mt 13, 31-32), tiene unos comienzos pequeños, pero cuando arraiga se convierte en cauce de vida.

Sin embargo, la imagen que tenemos hoy delante no parece principalmente la del arbusto de mostaza lleno de

---

Cf. R. Sacristán, «Recuperar el afecto a través de la apertura al amor», en https://review.veritasamoris.org/recuperar-el-afecto

nidos, sino que más bien parece que una terrible tormenta haya partido las ramas, los nidos se hayan caído y los pajarillos hayan acabado por el suelo.

2. Los hijos, entre Ulises y Penélope

Esta situación de los hijos de las familias rotas es la que presenta Massimo Recalcati en su libro *El complejo de Telémaco*[10]. El autor, de corte lacaniano, se fija en el hijo de Ulises como signo para los hijos de la cultura actual. Según el italiano, desde el siglo XX hasta hoy ha habido una cierta evolución en la imagen del hijo. Si allá por los inicios del XX, Freud descubrió en los hijos la imagen de Edipo, atormentados por las decisiones de sus padres y suyas propias, la Revolución del 68 habría conducido a los hijos a un nuevo patrón, que Recalcati denomina generación Anti-Edipo, como aquella que se rebelaba contra sus padres y se apartaba de todo lo que ellos les habían ofrecido, pues veían en ello el origen de su desastrosa situación. Recalcati toma esta denominación de Deleuze y Guattari. Los hijos Anti-Edipo son aquellos que rompen toda relación con los padres, quienes quieran que sean. Es la filosofía del rizoma de Deleuze, la ruptura de todo vínculo, el no establecer ningún tipo de relación con nada.

Pero la vida sigue, y la evolución trajo un nuevo tipo de hijos. Se trata de los hijos Narciso, que poblaron los años 90 del siglo XX; estos vivían tan ensimismados que muchos no lograron ni siquiera tener hijos por no ser capaces de dejar de contemplarse a sí mismos para contemplar el rostro de otra persona. Nada más lejos del amor verdadero que Narciso. Resulta curioso reconocer que es en los 90 cuando tuvo lugar

---

10 Cf. M. Recalcati, *El complejo de Telémaco,* Anagrama, Barcelona 2014.

la explosión de la psicología de las emociones. Los años 90 no son una época que ignora lo que es el amor, quizá más que ninguna otra, a pesar de tantas películas que hablaban de amor, sino una época emotiva, narcisista, pues la emoción, como hemos dicho, no es relacional, sino egocentrada. No quiero decir egocéntrica ni egoísta, pues son palabras que tienen un matiz negativo del que Narciso es incapaz de percatarse. Narciso no es malo, sino aquello que tan precisamente podríamos expresar en español con «embobado».

Pero incluso Narciso tuvo sucesores, más que hijos propiamente dichos, pues los hijos se quieren tener, pero Narciso ni siquiera esto quería, sino que se topó con sucesores que no supo reconocer como hijos. Es a estos hijos a los que Recalcati llama Telémacos. Telémaco es el hijo que tiene que ir en busca de su padre para rehacer la relación con él. La solución pasa por adquirir la herencia del padre, y esto supone la muerte del padre. Esta muerte del padre, Recalcati la interpreta como la entrega de todo tipo de posesión sobre el hijo. Es un modo de renunciar a los derechos de paternidad sobre el hijo, en definitiva, dejarle marchar. El padre pasará, según Recalcati, a convertirse en eco de la voz antigua que sigue marcando el origen de la vida, y por tanto su sentido.

Pero el origen de la vida del hijo no se halla solo en el padre, sino en el abrazo conyugal. Por eso, es necesario referirnos también a la figura de la madre. También ella ha de hacer un proceso similar al del padre, liberando al hijo de sus manos. Recalcati ilustra esta idea con el título de su libro, *Las manos de la madre*[11].

---

11 Cf. M. Recalcati, *Las manos de la madre,* Anagrama, Barcelona 2018.

La imagen del matrimonio de Ulises y Penélope merece ser atendida. Ulises, habiendo salido victorioso de la guerra de Troya, pretende volver a su casa, pero este viaje se ve lleno de adversidades, provocadas por haberse comido las vacas del Sol, hasta llegar a caer bajo el hechizo de Calipso, quien, enamorada del héroe, le retiene junto a ella, haciéndole partícipe de su inmortalidad al tiempo que va olvidando quién es, cuál es su patria, su casa, su esposa, su hijo... Es la diosa Atenea quien intercederá por el héroe una vez más para que logre dirigirse a su patria, y quien le ayudará en sus arduos trabajos, tanto a él como a Telémaco y a Penélope, para que puedan volver a reunirse.

Ulises fue a la guerra en virtud de la lealtad propia de la amistad. Y esto le engrandece. Por toda la obra se percibe la magnanimidad del héroe. Sin embargo, fue engañado, y confundido perdió la noción de quién era: el esposo de Penélope, el padre de Telémaco. Frente a la seducción que sufre Ulises, nunca será suficientemente alabada la serenidad de Penélope, y si hemos ensalzado la lealtad de la amistad de Ulises que le llevó a Troya, aún más ha de ser ensalzada la lealtad de Penélope, que no luchó menos que su esposo, sino incluso más arduamente para defender la casa de su esposo. Frente a la confusión de Ulises, atolondrado por Calipso, brilla aún más la audacia de Penélope destejiendo cada noche su labor para desbaratar a sus pretendientes.

Vistos estos detalles, y con las notas que nos ha ofrecido Recalcati sobre la necesidad de la «liberación» del hijo, podemos retomar la figura de Telémaco como hijo de Ulises y Penélope. Para Recalcati, los hijos Telémacos son aquellos que han de salir en busca de su padre para ayudarle a volver al hogar familiar. La posibilidad de que Telémaco lleve adelante su propia

vida reside en que su padre vuelva a casa, a estar con su madre. Es decir, que los hijos puedan vivir su vida exige que los padres permanezcan como esposos. Fue en el abrazo de los esposos donde los hijos llegaron a la existencia. Este abrazo se dilató para acogerlos a ellos, pero la dilatación no puede significar ruptura, ni tampoco el hijo puede permanecer por siempre en ese abrazo. Es necesario, por tanto, para que los hijos vivan, que salgan del abrazo de sus padres, pero, al mismo tiempo, es necesario que los padres se mantengan en su abrazo esponsal. El abrazo esponsal de los padres refleja toda la verdad de la existencia de los hijos: son fruto del amor de los esposos, y mientras perdure el amor de los esposos será fácil para los hijos reconocer la fuente de su existencia, el sentido de su ser. La voz del padre, de la que hablase Lacan, y que recogen sus seguidores, como Recalcati y Winter[12], solo puede llegar por la existencia de la madre, pues sin madre no hay padre. Por eso, la recuperación del padre solo será posible junto a la madre. En verdad es así. La desaparición de la figura paterna, con los numerosos nombres que se ha definido, «ocaso del padre», «evaporización», etc., ha provocado lo mismo que en la casa de Ulises, que la madre asiera tan fuertemente al hijo que este, ciertamente, pudo sobrevivir, pero no vivir. La madre sin padre puede generar un totalitarismo dulce, no menos pernicioso que el totalitarismo fuerte que se achacó al padre.

Telémaco es hijo de Ulises, pero no menos de Penélope. Solo en una sana relación esponsal pueden los hijos recorrer convenientemente el camino de la vida[13]. Solo en la imagen

---

12 Cf. J. P. Winter, *El futuro del padre,* Didaskalos, Madrid 2020.

13 Cf. R. Sacristán, *El cuerpo esponsal, clave de la generatividad*, en J. D. Larrú Ramos (ed.), *La generatividad humana*, Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid 2022, pp. 101-122.

del amor hermoso que les proyectan sus padres, pueden aventurarse a abandonarlos para, como cantase Adán al ver a Eva, «dejar padre y madre para unirse a su mujer» (Gn 2, 24). Solo en la contemplación de este abrazo esponsal, no exento de dificultades, pueden los hijos reconocer aquella voz antigua de que habla Lacan, que no es otra sino la del Padre Eterno, «de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra» (Ef 3, 15).

3. La verdad del amor como superación del momento emotivista

El amor de los esposos así vivido se convierte en luz para los ojos de los hijos. Vimos al inicio de nuestra reflexión como tenía lugar la configuración afectiva de los amantes, desde su unión inicial, afectiva, hasta la unión final, real. Fruto de esta unión real es la vida esponsal y por medio de ella pueden llegar los hijos a la vida. Vemos aquí como el hecho de pasar de ser esposos a ser padres supone una reconfiguración de la relación esponsal, que en muchas ocasiones es problemática. La llegada del hijo supone una sorpresa tan grande para ambos cónyuges que si no logran colocarlo adecuadamente junto a ellos, el matrimonio se desequilibra. Y de hecho esto ocurrirá, por lo que, sobre todo los primeros años de matrimonio[14], con la llegada de los hijos, los esposos se verán abocados a recomponer continuamente su relación matrimonial.

El reto de los esposos consiste en no perder la referencia que supone su unión. El problema que viven es que los hijos suponen una presencia tan imponente que afectivamente

---

14 Cf. L. Melina (ed.), *I primi anni di matrimonio. La sfida pastorale di un periodo bello e difficile,* Cantagalli, Siena 2014.

se pueden desequilibrar, dando origen a distintos problemas y hasta trastornos de corte psicológico. De nuevo, para los esposos, vuelve a ser fundamental volver a reflexionar sobre su amor. La forma de caminar aquí consiste en que al atender a los hijos no vean tanto una forma paternal o maternal, que la hay, pues es distinta la forma de atención del hombre y de la mujer, sino que vean un acto parental, es decir, «soy yo quien atiendo a nuestro hijo». De este modo se salva lo peculiar de cada uno («yo»), pero recordando siempre la referencia matrimonial («nuestro hijo»).

Pero no solo los hijos, existe otra multitud de situaciones y situaciones que impactan en los cónyuges provocando cambios. Al fin y al cabo, la afectividad humana es como un sensible campo magnético, en el que cualquier entrada es percibida. La cuestión no es, como pretendían los estoicos, anular cualquier alteración afectiva, sino mantener en todo momento la configuración amorosa. Este mantenimiento ya no es una cuestión tan solo del afecto, sino principalmente de la voluntad. La voluntad humana, definida como apetito racional por la tradición, permite al hombre decantarse por el bien verdadero.

Volvemos aquí a la referencia al bien, pero ahora con el matiz de verdadero, frente a otros bienes aparentes.

Frente al imperio del emotivismo, fruto del relativismo, la referencia al bien verdadero conocido por la voluntad es la vía de salida del pantano de las emociones. Nos hallamos aquí con dos temas complejos hoy día: la voluntad y la verdad. La quiebra de la voluntad se halla en relación no solo con la comprensión de la misma voluntad, sino también en relación con la verdad. Evidentemente, como dice San

Agustín, nadie quiere ser engañado. Pero este deseo supone la existencia de la verdad, que a veces es complicada de conocer, como hemos visto este tiempo de pandemia de modo particular, aunque es una constante de la historia humana.

Conviene en este tiempo reflexionar sobre la voluntad, pues cuando se oscurece la verdad, la voluntad no puede determinarse fácilmente por ella, y si ya es difícil elegir la verdad siempre, más aún cuando conocerla es arduo. La voluntad es una facultad humana que nos permite elegir. Elegimos lo que amamos, nadie elige un mal, siempre se elige bajo algún aspecto de bien, aunque sea aparente o efímero. La voluntad tiene una doble vertiente: racional y afectiva. Aunque estas son consideraciones clásicas sobre la voluntad, no siempre ha sido fácil mantener este equilibrio entre lo racional y lo afectivo: las sociedades han ido basculando del voluntarismo al emotivismo. Una de las descripciones más precisas de la voluntad la desarrolló Sto. Tomás, sin embargo, justo después de él, sus primeros comentaristas no lograron mantener este equilibrio que él logró[15]. El éxito del Aquinate es situar la intencionalidad como movimiento afectivo propio de la voluntad, que luego habrá de ser completado por el *imperio* para la realización del acto. De este modo se percibe la tensión propia de la voluntad y su complejidad.

La psicología moderna ha atendido a la voluntad en alguna ocasión. Hay que mencionar, sin duda, a Alfred Adler. El que fuera íntimo colaborador de Freud en sus inicios, tomó prestada de Nietzsche la expresión «voluntad de poder» para explicar un modo de superar situaciones de complejo

---

15 Cf. R. Sacristán, *Ipsa unio est amor*, *op. cit.*, p. 536.

de inferioridad[16]. A juicio del psicólogo vienés, este modo es desordenado, pues es una forma de compensación que tiende más a afirmarse frente a los demás. Adler pone en relación la voluntad de poder con una forma de divinización de sí mismo del hombre que ambiciona dominar de modo desmedido. Esta forma de voluntad de poder, denunciada por Adler, acaba en modos de ser individualistas, que rompen la relación con los demás, y se convierte finalmente en fuente de neurosis. Así pues, la superación de esta situación no pasa por la autoafirmación, sino por la colaboración, por el ser con otros, en definitiva, por la comunión propia del amor. La propuesta de Adler es una invitación a ahondar en el estudio de la voluntad.

Junto a esta presentación hallamos otra mucho menos conocida, la de Rollo May, que en 1969 publicó *Amor y voluntad*. Si bien es cierto que May no incluye un análisis tan detallado de la voluntad como lo hiciera Santo Tomás, lo cierto es que pone en relación la voluntad con el amor según la verdad. Resulta sorprendente que un psicólogo denunciara en 1969 el grave error de la revolución sexual, sin embargo él lo hizo, quizá por eso pasa desapercibido. A juicio de May, el problema de la voluntad radica en la apatía, en la incapacidad para determinarse, para vincularse a otros, para amar. Son numerosas las intuiciones de May que siguen siendo relevantes hoy para atajar la situación que vivimos. No obstante, a mi juicio, el problema fundamental de la psicología moderna es recuperar la referencia al alma humana. Solo así se podrá desarrollar una adecuada

---

16 Cf. A. Adler, *El carácter neurótico*, Planeta-Agostini, Madrid 1994. El original es de 1912.

psicología que integre las diversas facultades que nos caracterizan, esto es, la razón y la voluntad.

La voluntad de los esposos es la fidelidad, la permanencia en la promesa que expresan al casarse[17]. La promesa matrimonial que los esposos se intercambian es el mayor tesoro que tienen que custodiar. La promesa de fidelidad es incondicional, lo cual hoy día parece difícil de sostener. A menudo parece una promesa de fidelidad condicionada no ya a la fidelidad del otro, sino incluso a que cada uno quiera seguir manteniéndola. La fragilidad personal, que puede conducir al hombre a la situación de inferioridad de que denunciaba Adler, dificulta tremendamente poder prometer aquello que parece estar fuera del alcance de cada uno. Sin embargo, la sola idea de la promesa de una fidelidad sin condiciones ilumina el corazón, aún en medio de la dificultad.

4. La esperanza de la cruz, apoyo en el arduo camino

Precisamente porque el camino es difícil, arduo, necesitamos de una fuerza mayor que nosotros mismos. En nuestra reflexión hemos analizado la configuración propia de los esposos desde la perspectiva de la afectividad, como amantes. Desde ahí, en un segundo momento hemos visto la necesidad de que los cónyuges permanezcan ante todo unidos como esposos ante los hijos para que los hijos puedan crecer desde el amor sólido de los padres. En tercer lugar, hemos reflexionado sobre cómo el amor verdadero es el camino adecuado para superar los pantanos del relativismo en que nos hallamos. Ahora,

---

17 Cf. J. D. Larrú, *La promesa, ¿forma del agua o forma del amor?,* en «Revista Española de Teología» 80 (2020) 3, pp. 423-440.

en nuestro último paso, hemos de buscar cómo anclar nuestro corazón en el amor verdadero para poder salir nosotros de este pantano y ayudar a otros a que salgan.

En la novela de M. Ende, *La historia interminable,* uno de los protagonistas, el joven guerrero Atreyu, camina junto a su caballo, Ártax, por los Pantanos de la Tristeza. En un momento determinado, el caballo no puede seguir, preguntado por su amo, le responde: «A cada paso que damos, la tristeza de mi corazón aumenta. Ya no tengo esperanza, señor. Y me siento cansado, tan cansado… Creo que no puedo más». El caballo se hunde irremediablemente, sin embargo, el jinete puede seguir caminando, pero no entiende por qué. De nuevo, el caballo se dirige a su amo para explicarle: «Llevas el Esplendor, señor, y te protege»[18].

La lectura de la historia nos muestra que ambos, jinete y caballo son personajes valientes, dispuestos a luchar por la salvación de su pueblo y de todo su mundo. Sin embargo, al entrar en los Pantanos de la Tristeza, esta disposición interior desaparece del caballo, mientras que permanece en su querido jinete. La razón, como explica el caballo, es que el joven Atreyu lleva «el Esplendor». El Esplendor es un colgante formado por dos serpientes entrelazadas que se muerden la cola. La imagen del protagonista superando el pantano gracias al colgante maravilloso nos ayuda a adentrarnos en el final de nuestra reflexión.

A menudo, en el transcurso de la vida familiar, nos encontramos con situaciones pantanosas. Es verdad que la mayoría de las personas entra en ellas con buen ánimo, como los personajes de la novela de Ende. Pero sostener el

---

18 M. Ende, *La historia interminable,* Alfaguara, Madrid 1986, pp. 57-58.

ánimo de modo prolongado en esas situaciones, cuesta. Es por esta razón que las personas no aguantan más, y se hunden, se rompen, o acaban abanando para no romperse, es decir, rompen la relación para no romperse ellos. No se trata de una situación de lucha en la que uno se ve derrotado por un enemigo concreto, no hay un ataque definido. No, no se trata de esas situaciones, y conviene no confundirlas. En la vida, las situaciones más difíciles a menudo no son los graves problemas, sino la perseverancia en la rutina cotidiana, cuando se hace lejana la meta y parece que nuestros esfuerzos no valen para nada. Puede ocurrir que estas situaciones de, por así decir, desazón mantenida, son las que acaban conduciendo a situaciones de ruptura abrupta. Aquí, una vez más, entender el funcionamiento de nuestro corazón, de nuestra afectividad, resulta de primordial importancia.

Cuando comenzamos un camino, como es el matrimonio y la familia, comenzamos con ilusión, con esperanza, llenos de buenos propósitos, como ocurre el día de año nuevo. Sin embargo, tenemos experiencia de que estos se deshacen. Estos buenos propósitos son reflejo de nuestras esperanzas. La esperanza, como reacción afectiva, consiste en la forma de mantenernos en la persecución de un bien que resulta difícil. Al principio se mantienen las fuerzas, y somos capaces de inventar modos y maneras para perseverar, es lo propio de la audacia, que es también esa forma de reacción afectiva cuando nos vamos sobreponiendo a la dificultad. Sin embargo, cuando la relación con el bien perseguido se va haciendo cada vez más difícil, el bien se va oscureciendo, la esperanza se torna primero ira, y luego, desesperanza. Por último, puede aparecer el temor, como reacción ante el bien perdido o ante el mal que nos sobreviene, y si finalmente el

mal nos alcanza, nos invadirá la tristeza. Todas estas formas afectivas, como vemos, están ordenadas según la relación de la persona con el bien perseguido. La experiencia cotidiana nos las va poniendo delante día tras día.

El problema radica en que, por lo que vemos hoy día, son muchas las personas que desesperan de una relación estable, son muchas las parejas que se rompen, incluso familias con hijos, y no solo en los primeros años, sino también después de un largo trecho recorrido. Parece que las esperanzas humanas no son suficientes para atravesar el camino, a menudo pantanoso, de la vida.

Como ocurre en la fábula de la zorra y las uvas, cuando el bien perseguido se vuelve inalcanzable, acabamos desesperando de él, incluso despreciándolo. Este desprecio del bien querido no es sino una forma de protección de nosotros mismos, pues es más sencillo despreciar el bien que aceptar nuestra incapacidad.

Si miramos a nuestro alrededor, me parece fácil constatar que no andamos sobrados de esperanza, sino que, más bien al contrario, imitamos a la zorra despreciando los proyectos grandes y bellos. Nos falta la magnanimidad, que es una virtud que acompaña a la virtud de la esperanza y que nos permite dirigirnos hacia lo grande, lo bello, lo verdadero. La dificultad para descubrir esta grandeza ante nosotros es lo que nos lleva a fijar nuestra vista en metas pequeñas, simples… A menudo estas metas resultan ser cosas placenteras, lo cual no significa que sean necesariamente buenas. Es imposible desarrollar un esfuerzo cuando no hay un bien grande que perseguir.

Los discursos actuales quedan así marcados por el acomodamiento, no por la verdad. Temas tan graves como el

aborto, la sexualidad, la eutanasia, se zanjan apelando a una malentendida versión de la libertad. Nos hemos protegido tanto durante la pandemia…, pero ¿qué hemos protegido? Nuestra vida biológica, nada más. Ni siquiera hemos protegido nuestra vida psíquica, como demuestran los datos actuales de trastornos, depresiones y suicidios. Podríamos hablar de una cierta «tiranía biologicista», de una «biopolítica»[19]. El fundamento de esta perspectiva es un materialismo inmanentista regido por el principio de sentirnos bien, de tal modo que, con tal de sentirnos bien nosotros podemos llegar incluso a justificar la eliminación de otros. Es paradójico que esto ocurra al tiempo que se intenta promover una «ética del cuidado», que a menudo se fundamenta sobre el sentirse bien cuidando de otros. A veces esto se encuentra también en la Iglesia, donde hay personas que ayudan porque así se sienten bien, no porque así hacen un bien.

De nuevo aquí, comprender la verdad del afecto nos ayuda a proponer una salida. La búsqueda de lo placentero («sentirse bien») como forma de ser felices, fue ya refutada por Aristóteles en la Ética a Nicómaco[20]. Sin embargo, el hecho de que haya vuelto a aparecer con tanta fuerza debe alertarnos sobre la falta de relación con el Bien Supremo, como ya apuntamos anteriormente.

Volvamos ahora a la imagen de la novela de Ende. El protagonista, Atreyu, consigue superar la tristeza por llevar consigo el colgante maravilloso. Hay una fuerza especial, externa a él, que le protege y le anima. En el colgante de

---

19 Cf. B. Ch. Han, *Psicopolítica,* Barcelona, Herder 2014.

20 Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco,* L. 1.

las serpientes podemos intuir el estandarte de la serpiente, aquel preparado por Moisés, y que prefiguró a Cristo muerto en la Cruz. Tanto la serpiente de bronce como el crucificado son imágenes del poder de la muerte: un poder limitado. Mirar el estandarte o al crucificado produce la salud, pues genera en el hombre la confianza de que la muerte no tiene la última palabra, de que hay una esperanza nueva, distinta, que ha sido abierta no por mano humana, sino por Dios mismo.

La imagen de la novela juvenil nos ayuda a considerar que la travesía de la vida requiere de una ayuda más allá del mismo hombre. Es aquí donde entendemos la importancia de la esperanza como virtud, como forma particular de la gracia, que se une a la esperanza-afecto del hombre y le capacita para atravesar caminos oscuros, sendas tortuosas, pantanos fangosos.

El organismo afectivo humano es un instrumento maravilloso, pero solo podremos escuchar su sonido armónico si lo afinamos según el bien verdadero. Sin la relación con Dios, toda la estructura afectiva queda deslavazada, incomprensible. Esto es lo que tenemos actualmente ante nosotros. La respuesta a este desbarajuste sigue siendo Jesucristo. Él, acercándose al hombre, haciéndose presente a nosotros, acompañándonos, nos abre un camino que va más allá de lo que nosotros vemos. La promesa de fidelidad de Cristo, que se actualiza en cada Eucaristía, es la garantía de que el hombre puede caminar hacia adelante. Cristo nos ha prometido estar con nosotros, y está. Esta promesa es la clave para poder renovar constantemente la esperanza. En la unión con Cristo que tenemos por el bautismo, la

esperanza-afecto queda transformada y sostenida por la esperanza-virtud; todos nuestros amores se ven reordenados según la caridad de Cristo e iluminados por la fe.

Esta unión de Cristo con nosotros, que se manifiesta de modo particular en el sacramento del matrimonio, es la vía para salir del atolladero en que nos encontramos. Es necesario, por tanto, que los matrimonios, las familias, se ordenen según Cristo. Este ordenamiento hoy día supondrá un gran esfuerzo, pues habremos de renunciar a muchas cosas a las que nos hemos habituado para escoger modos más sencillos, simples, con menos medios económicos, pero en realidad serán más ricos.

Se trata de ordenar nuestra vida a la eternidad. Esta es la tarea de los padres para con los hijos. La forma de integrar la afectividad de nuestros pequeños es despertar en ellos, frente al disgusto de lo pasajero, el gusto por lo perenne. Se trata, en definitiva, de aprender a desear lo eterno como aquellos dos pequeños abulenses: «Para siempre, siempre, siempre».

Puedes comprar el libro completo
Un amor incondicional.
Ensayos a propósito de Amoris Laetitia
en nuestra página web (ceuediciones.es)
o escaneando este código QR